

armas hasta las fronteras del reino de Granada (1); yace en el pavimento á los piés de D. Pedro el almirante Roger de Lauria,

(1) Acompañan á estos sepulcros dos inscripciones en verso latino que no dudamos en trasladar á continuación por el interés histórico y hasta literario que contienen.

1.^a

*Petrus quem petra legit gentes et regna subegit,
Fortes confregitque, crepit, cuncta peregil,
Audax, magnanimus sibi miles quisque fil unus,
Qui bello primus inherat, jacet hic modo imus,
Constans proposito verax sermone fidelis,
Rebus promissis fuit hic et strenuus armis,
Fortis justitia vivens æqualis ad omnes,
Istis laudatur vi mentis laus superatur,
Christus adoratur dum penitet unde beatur,
Rex Aragonensis comes et dux Barcinonensis,
Defecit membris undena nocte novembris,
Anno milleno centum bis et octuageno
Quinto siste pia sibi tutrix virgo Maria.*

2.^a

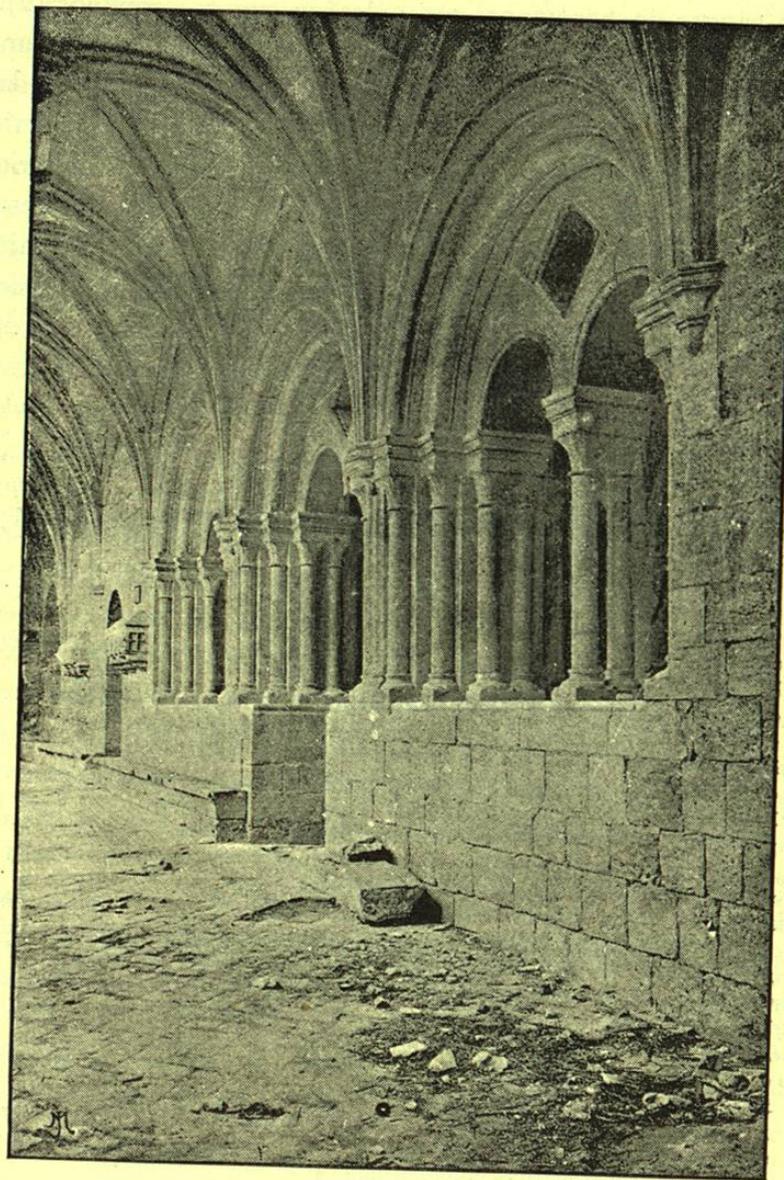
*Honoratur hac tumba qui simplicitate columba
Est imitatus Rex Jacobus hic tumulatus,
Rex Aragonensis comes et dux Barcinonensis,
Majoricensis Rex nec non Ciciliensis:
Moribus et vita consors sua Blanca munila
Illustri nata Carulo simul hic tumulata.
Nec fuit hic segnis in subdendis sibi regnis,
Subdita sunt jamque sibi Murcia Sardiniaque,
Floruit hic quinque Regnis tempus utrimque
Restituit gratis tria jus servans deilatis.
Hic humilis corde peccati mundus à sorde,
Misericors mundus animo sermone facundus,
Judicis justus armis belloque robustus,
Lætus non mæstus vullu milisque modestus,
Dici pacificus meruit quia pacis amicus,
Regna tenet cæli domino testante fideli,
Cum se collegit habitum Cisterciensem præ elegit,
Qui cuncta regit parcat quæ nescius egit.
Defecit membris secunda nocte novembris,
Anno milleno centum ter bis quoque deno
Septenoque pia sibi sistat dextera Virgo Maria.
Amen.*

Por la primera de estas inscripciones, como dice acertadamente el anticuario D. Jaime Ripoll, queda al parecer dirimida la discrepancia de los historiadores sobre el día y año de la muerte del rey D. Pedro el Grande; por ella vemos que esta acaeció en la noche del 11 de Noviembre de 1285. La segunda en nada corrige la historia sobre el carácter y fecha de la muerte del rey D. Jaime, sólo nos da noticia de una circunstancia omitida por la mayor parte de los escritores: á

que venció en los mares de Malta, Nápoles y Rosas, siendo el azote de la Francia y el terror de la Calabria (1); descansa al

saber, que está enterrada D.^a Blanca en el mismo sepulcro de su marido. Bajo el punto de vista literario ofrecen ambas inscripciones la particularidad de presentar rimada la última palabra de muchos versos con una de las de en medio, práctica que vemos después usada hasta en los autores castellanos del siglo xvi.

(1) Este célebre marino no fué nombrado almirante de la armada aragonesa hasta la época en que el rey D. Pedro el Grande, debiendo partir de Sicilia para Burdeos donde había sido citado á duelo por su antagonista Carlos de Anjou, dejó el gobierno de aquella isla, para mientras fuese á ella su esposa D.^a Constanza, á un consejo nacional de que fueron directores el mismo Lauria, Juan de Prócida y Alaimo de Lentini. Desde entonces datan los grandes hechos de Roger. Empezó por recorrer las costas de Calabria y aseguró á los aragoneses la posesión de Reggio, Calama y la Mota, la de los castillos de San Lúcido, Santa Águeda, Pontidatila, Amendolea y Bova, tomando además á Tripáni y Stromboli. Sabedor luégo de que Carlos de Anjou enviaba á cruzar por los mares de Sicilia una escuadra formidable salida del puerto de Marsella, dirigióse contra ella con el grueso de la armada; y alcanzándola en Malta, dióla el abordaje entrándose en lo más recio de la pelea y matando con su propia mano y gran riesgo de su vida á Guillermo Carnut, el almirante. Habida noticia de la venida del mismo Carlos, no tardó en arrojarse sobre Nápoles de donde obligó á salir al frente de una escuadra al príncipe de Salerno, primogénito del de Anjou. Entró también al abordaje y fué el primero que espada en mano asaltó la galera capitana, combatiendo cuerpo á cuerpo con el príncipe, que al fin cayó en sus manos prisionero. Este fué el golpe más terrible que llevó á la causa de sus enemigos; obliga al cautivo á que ceda al rey de Aragón las islas Ischia, Prócida y Caprea; le encierra luégo en Trinacria y da con ello á la reina Constanza un medio seguro para evitar todo ataque por parte del desventurado padre. Este, al saber tan grande desventura, reune ciego de cólera todas sus fuerzas navales; mas retrocede siempre de su empeño en acometer, amenazado de continuo por la reina de Aragón con que la Sicilia va á vengar en su hijo la muerte del desgraciado Coradino.—Después del combate de Nápoles, donde más se distinguió Roger fué en el puerto de Rosas, en que destruyó por entero una escuadra francesa, apoderándose de Eguerando de Bailleul, su comandante, al tiempo que Felipe el Atrevido ganaba á largas jornadas los montes Pirineos, huyendo de Gerona acosado por las armas de D. Pedro. Muerto ya este monarca, parece que se eclipsó la estrella del ilustre caudillo, que ya no arrojó desde entonces más que algunos fugaces destellos de su antigua gloria. Celebrada la paz entre el monarca francés y Jaime II, protestó contra ella el hermano de este monarca, D. Fadrique, alzándose luégo con el mando de la Sicilia en virtud de los derechos adquiridos por D. Pedro; y esto fué causa de que Roger se viese desde entonces obligado á combatir en favor de los franceses contra aquella misma isla que tan valerosamente había defendido por espacio de tantos años, contra los mismos que habían contribuido á sus mayores victorias, contra un príncipe de la misma familia que tanto le había ensalzado premiando, como nunca han premiado los reyes, sus servicios. Puesto al frente de sus escuadras, hasta entonces invencibles, se dirige contra el reino de Nápoles; toma al principio plazas importantes y se corona con nuevos laureles; mas luégo, vuelta contra sí la suerte, queda derrotado en Abruzo, desde donde tuvo que pasar fugitivo á Aragón siendo declarado traidor y despojado de sus haciendas por los sicilianos. Ardiendo en ira por su vergonzosa derrota y, sobre todo, por el hecho de haber muerto los mesineses á un sobrino suyo



SANTAS CREUS. — PUERTA DE LA SALA CAPITULAR

fin con Jaime II la bella D.^a Blanca de Nápoles dada al de Aragón (1) en prenda de una paz tan pronto celebrada como teñida con la sangre de hermanos que pelearon contra hermanos (2). Al pié de esos altares oró por mucho tiempo á Dios San Bernardo Calvó que acompañó á D. Jaime el Conquistador en la guerra contra Valencia, y fué obispo de Vich donde se conserva entero su cuerpo después de siete siglos (3); en ese presbiterio recibió el hábito de Calatrava y el Maestrazgo de Montesa Guillén de Eril, primer jefe de esta orden de caballería (4); bajo esas bóvedas fué recibido de monje cisterciense el mismo Don Jaime II que quiso acabar sus días bajo la augusta sombra de

en el cadalso, empeña de nuevo al rey D. Jaime en aquella guerra fratricida, reúne todas las fuerzas marítimas posibles; y como pretendiendo echar el resto de su valor personal, pelea con el mayor denuedo, cerca de Mesina, contra la escuadra de D. Fadrique y alcanza una de las victorias más grandes y sangrientas. Esta fué, empero, su última jornada: cayó dentro poco en manos de D. Fadrique, quien por medio de tan ventajosa presa pudo entonces entrar en negociaciones de paz, dejando salvos los derechos que sobre la Sicilia había legado á sus sucesores la espada de Pedro el Grande. Murió Roger en Cataluña al empezar el año de 1305; y deseando D. Jaime honrarle hasta después de la muerte, le dispensó el obsequio de ser enterrado á los piés del rey D. Pedro, cuyo reinado había engrandecido con tan gloriosos triunfos.

(1) Después de largas guerras sostenidas por la Francia y Aragón con motivo de la ocupación de la Sicilia, celebróse en 1293 á instancias de Bonifacio VIII un tratado de paz entre los soberanos de ambas monarquías en el cual se estipuló entre otras muchas cosas que D.^a Blanca, hija del rey de Nápoles, debiese casarse con el de Aragón D. Jaime II, llevándole en dote hasta setenta mil libras de plata. Cesó por de pronto la guerra; devolvió Aragón la isla á la Iglesia Romana; alzó el Papa la excomunión que pesaba sobre los aragoneses desde la toma de Sicilia por Pedro el Grande; y todo parecía inclinarse á un estado de calma duradero. No tardó, empero, D. Fadrique, hermano del rey D. Jaime, en sublevarse contra el tratado, apoderándose del gobierno de la Sicilia, lo cual dió á poco lugar á una guerra civil en que de una parte estaban los sicilianos y los aragoneses establecidos en la isla, y de otra Francia y Aragón íntimamente unidas. De esto puede colegirse lo poco que sirvió así el tratado como el enlace de D.^a Blanca con Don Jaime.

(2) Están además enterrados en esta iglesia otros príncipes y nobles de la casa de Aragón, entre los cuales no podemos dejar de mentar al infante D. Fernando, hijo de D. Jaime el Conquistador, y á la reina Margarita, esposa de Martín el Humano.

(3) Fué San Bernardo Calvó monje, y luégo abad de este monasterio, del cual no salió hasta que fué elevado á la silla episcopal de Vich.

(4) Recibió Eril el hábito de Calatrava de manos del gobernador de Alcañiz y el maestrazgo de las del abad del monasterio. Aconteció esto en tiempo del rey D. Jaime II, fundador de la orden de Montesa.

San Bernardo. Aquí entraron en procesión acompañando desde pueblos lejanos el cuerpo de los reyes los más nobles caballeros de la monarquía vistiendo fúnebres mantos sobre sus armaduras, los soldados que les habían seguido en sus campañas llevando contra el suelo sus banderas vencedoras, los concelleres de las ciudades libres envueltos en sus largas gramallas y precedidos de maceros con las mazas negras, las comunidades de todas las órdenes rezando fervorosamente y dejando ver en el fondo de sus filas á sus abades, apoyados en ricos báculos de plata, los obispos y arzobispos de Aragón puestos en ala delante del féretro, al cual seguían hombres de diferentes artes y profesiones agrupados bajo los pendones gremiales, y una muchedumbre numerosa que venía á saludar á sus monarcas hasta verlos dentro de su sepulcro. El templo recibió esas fúnebres comitivas cubierto de paños negros que iluminaba la luz de cien blandones; un catafalco negro, adornado con las armas reales, se levantaba en medio del crucero llegando al parecer hasta las bóvedas; y al pié del tabernáculo veíanse ricos cojines negros con flecos de oro, donde debían doblar la rodilla príncipes y prelados. El cuerpo de los reyes pasó luégo al catafalco; y en tanto las campanas desde lo alto de las torres conmovieron el aire con sonidos plañideros. Mezcláronse á poco con estos los ya débiles, ya desgarradores acentos del órgano, y las sonoras y acompasadas voces de cien clérigos que entonaban esos terribles cánticos de la Iglesia, inspirados al parecer por la misma muerte. Concluidas las exequias, el templo entró de nuevo en su habitual soledad: calláronse todas las voces, espiraron todas las luces, y en medio del vasto monumento sólo se distinguía el lúgubre catafalco sobre el cual vagaban los trémulos resplandores de las lámparas lejanas. Los ilustres difuntos descansaron desde entonces bajo las bóvedas de oscuras capillas hasta que las artes les hubieron labrado un sepulcro digno de sus altos hechos.

* Esmerábanse entonces los artistas en proyectar y ejecutar

para los reyes los monumentos funerarios. Los de D. Pedro el Grande y Jaime el Justo son verdaderamente bellos y suntuosos. Están cobijados los sepulcros por elegantes templetos de mármol sobredorado, compuestos de cuatro pilares de crestería, entre los cuales hay otras tantas ojivas apoyadas en columnitas cortadas en haz y adornadas de capiteles de un doble y riquísimo follaje. Consiste el de D. Pedro en un gran vaso de pórvido sentado sobre dos leones, de estilo enteramente árabe, que, al decir de la tradición, fué un baño arrebatado á los moros por las armas del que allí descansa (a); y está cubierto por una pequeña urna elíptica ceñida de figuritas en relieve puestas bajo una serie de ojivas terminadas por frontonesafiligranados. El de D. Jaime es cuadrilongo, y ricamente entallado: lleva en los dos lados de la tapa la figura del rey y la de su segunda esposa D.^a Blanca, coronadas entrambas y vestida aquella con el hábito de la orden cisterciense (b). El interés artístico é histórico que los dos encierran no han podido, sin embargo, preservarlos del todo de profanaciones odiosas que ya se resiste á repetir la pluma. ¿Son, empero, dignos ni ellos ni el monasterio del descuido y del olvido en que todavía se los tiene? ¿No merecen ser conservadas con mayor esmero esas joyas preciosas que afortunadamente salieron casi ilesas del furor de nuestras sangrientas revoluciones?

* Comunica la iglesia con un claustro espacioso, compuesto

(a) Según otros, es un trofeo traído de Sicilia por Roger de Lauria. Mide 2'24 metros de largo por 1'90 de ancho y 0'75 alto, y tiene esculpidos en medio relieve, en una de sus caras tan solamente, una cabeza de león y dos anillos con una hoja de hiedra en medio de cada uno.

(b) Fué mandado construir por el mismo D. Jaime II á los dos años de la muerte de su esposa D.^a Blanca y con destino inmediato á sepultura de la misma.

Según una carta del propio rey, de 1.º de Setiembre de 1312, desde Gerona ordena á Bertran *Riquer* ciudadano de Barcelona y maestro mayor de las obras de su palacio, que construya en Santas Creus un sepulcro semejante al de su padre; y en 1315 manda ya enviar allí el epitafio que había dispuesto fabricar para el sepulcro de su dicha esposa D.^a Blanca. (CREUS: *Santas Creus*, pág. 130.)

Observaremos que este *Riquer* es indudablemente el mismo Bertrán *Riquer* que, según indicamos en una nota á la pág. 376 del tomo primero, dirigía por aquella época las obras del Palacio Mayor de Barcelona y la capilla de Santa Águeda.

de treinta ojivas, que lleva en uno de sus ángulos una glorieta exágona de formas puramente bizantinas. Son los calados de las ojivas bellos, aunque en su mayor parte de la decadencia gótica; mas forman un contraste singular con las líneas pesadas y severas de los dobles arcos semicirculares que, cobijados por otro mayor, descansan sobre columnas pareadas de toscos capiteles en cada uno de los lados de la glorieta (a). Bajo las bóvedas de esta hay una fuente cuyas aguas sólo salpican ya las yerbas espinosas que pueblan sus contornos, cubiertos ayer de flores; y en una serie de cimbras muy profundas, abiertas en los muros del claustro, numerosos sepulcros, en la tapa de uno de los cuales está tendida la figura del noble Queralt, cubierta de piés á cabeza de una malla finísima, revestida de cota de armas y grevas de hierro, y armada de una grande espada ceñida á la cintura por un ancho talabarte (1). Asoman entre estos sepulcros una puerta de cimbras concéntricas, puesta entre dos ventanas semicirculares, que abre paso á una sala capitular, dividida en tres naves, donde sobre las tumbas de siete abades se hacía en otro tiempo la elección de los preladados, y otra mucho más sencilla que conduce á las piezas interiores del monasterio, trazadas casi todas sobre las de Poblet, de las que no se distinguen sino por sus más pequeñas dimensiones y la menor delicadeza de sus detalles.

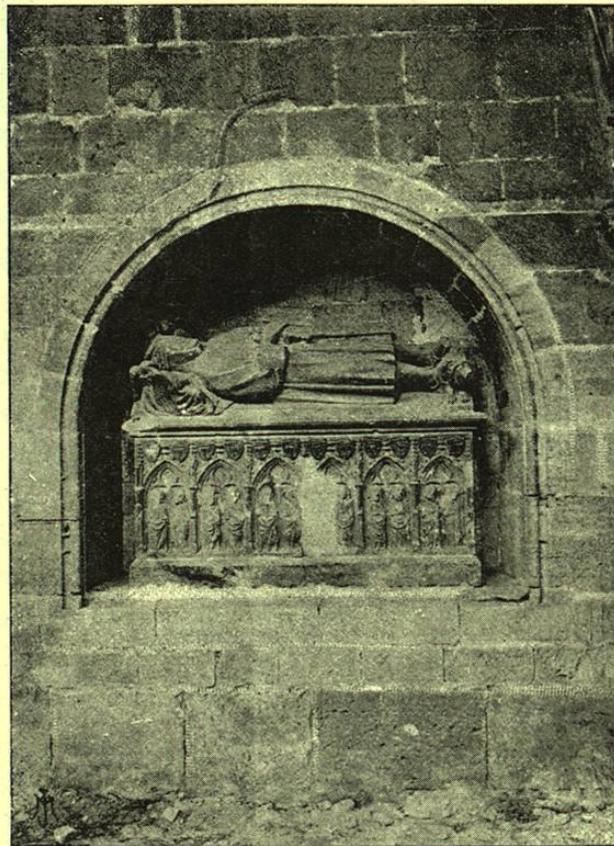
* Las piezas interiores son de la misma época que el templo; y es indudablemente en ellas donde mejor se concibe la grandeza del siglo en que fué levantado este grandioso monumento (b). Cuando el viajero las recorre hoy en medio del si-

(a) Este claustro fué construido al comenzar el siglo xiv por disposición de la citada reina D.^a Blanca, pudiendo suponerse fundadamente obra del indicado maestro *Riquer*.

(1) Están enterrados también en este claustro algunos de los Pinós y Castellones.

(b) Se hallan en el recinto monacal los palacios de D. Pedro III y de D. Jaime II, cuyos departamentos están casi destruidos; pero no los patios, que aunque de reducidas dimensiones, son dos joyas arquitectónicas por la hermosura de sus detalles y lo atrevido de la construcción.

lencio que las circunda, y desde las puertas de sus salones apenas logra abarcar las muchas ojivas que arrancan de hermosos capiteles empotrados en lo alto de los muros; cuando al pene-



SANTAS CREUS.—SEPULCRO DE RAMÓN ALEMANY DE CERVELLÓ

trar en sus oscuras y húmedas bodegas sumerge en vano sus miradas en torno de los colosos pilares que las dividen en dos naves; cuando al través de bajas y profundas aberturas distingue profusamente sus calabozos donde no brilló en otra época la luz del día; cuando entra en las salas de sus bibliotecas, durante muchos siglos laboratorio y tumba de los conocimientos

humanos; cuando sigue, por fin, una por una las casas de los monjes y la multitud de dependencias que dan al monasterio todo el carácter de un pueblo, ¿es acaso posible que no cruce por su mente la idea de que para tanta grandiosidad era preciso un siglo en que el espíritu religioso hubiese alcanzado uno de sus mayores triunfos? ¿Es posible que no vea en este y en otros monasterios, más bien que monasterios, monumentos dedicados al recuerdo de una gran batalla y de una gran victoria? En el tiempo en que este y el de Poblet fueron erigidos, el Asia temblaba aún bajo las armas de la Europa; y los infieles de España iban retirando de día en día las fronteras de su reino, acosados al mediodía por Alfonso VII, al norte por las armas de Aragón y al oriente por Berenguer IV. Cataluña estaba ya enteramente libre: Tortosa, que resistió á todo el poder de los francos, acababa de ceder á las escuadras coaligadas de Barcelona, y Génova; gemían cautivas Lérida y Fraga, ante cuyos muros se había estrellado poco antes el ímpetu arrollador de Alfonso; los fragosos montes de Ciurana y Prades, donde nunca había podido penetrar la espada cristiana, resonaban ya con los himnos con que devotos ermitaños agradecían á Dios tantas victorias. Barcelona y Aragón habían constituido el año anterior un solo reino.—La Iglesia por otra parte era entonces el alma de las sociedades; predicaba desde los púlpitos la guerra contra infieles, y haciendo mártires de los soldados muertos en el campo, reunía los pueblos bajo las banderas de Cristo, y los arrojaba contra los muros de las ciudades árabes. Asistía ella misma á los combates; y sabiendo soltar el báculo para empuñar la lanza, impedía la preponderancia de la nobleza que no podía presentar mayores timbres ni blasones. Dueña casi exclusiva de las ciencias y de las artes, era la consejera de los reyes, cuyo poder templaba con el freno de la religión, y cuyos excesos detenía con el anatema. Era ya propietaria de posesiones inmensas, y ejercía no pocas veces el derecho de vida y muerte sobre un crecido número de vasallos. Tenía, además, á la sazón á un

hombre que acababa de darle preponderancia, reuniendo bajo la sombra del claustro caballeros de las más nobles familias; tenía á San Bernardo, cuya reforma de la regla de San Benito iba encontrando eco en todos los tronos de Europa. Circunstancias tan favorables y tan felizmente reunidas no podían dejar de producir cosas grandes y grandes monumentos: los monasterios de Poblet y Santas Creus no deben ser considerados sino como su resultado inmediato y espontáneo. Llevan impreso en sí el sello del reinado de Berenguer IV y el del imperio de la Iglesia. Son los trofeos levantados en el vasto campo de batalla en que cayeron Lérida y Tortosa; la manifestación del poder cristiano en el siglo XII; los laureles concedidos á la Iglesia por el último conde de Barcelona y recogidos por los discípulos del patriarca San Bernardo.



CAPÍTULO IX

Tarragona.—ADICIÓN: Tortosa.

Tarragona

DESPUÉS de recorrer el lector con cierta detención las precedentes páginas (a), si ha notado el plan general que en la historia de las poblaciones seguimos, y observado cuán escasas noticias hemos dado de las dominaciones anteriores á la invasión de los godos; extraño le parecerá que, dejando para luégo mencionar los acontecimientos de la circunferencia de la Edad media, en cierto modo únicos que hasta ahora nos han

(a) Esta monografía se hallaba en la primitiva edición en el tomo primero.